

Únicamente hay que caminar un poco por las abarrotadas calles del centro de San Andrés para confirmar lo anterior; únicamente hay que hablar, por quince minutos, con los jóvenes para concluir que nuestro futuro está en jaque... mate; únicamente hay que visitar algunos metederos nocturnos, y a veces no tan nocturnos, donde con frecuencia se cita la juventud, como si fueran gavilanes en círculos aéreos cazando lo que no han perdido —y los padres más despistados que nunca— para luego sentarse compungido, en cualquier esquina, sobre cualquier piedra y decir, muy adentro: no llores por mí San Andrés, yo lo haré por ti.

Únicamente hay que mirar la acumulación de basuras que supuestamente desaparecerán en unos doce años — ¿y la que se va acumulando en esos doce años?—. Y, por último, únicamente hay que estar un poco atento de los noticieros locales para espantarse de los acontecimientos diarios.

Y de la irracional inseguridad, ni hablar. Ya nos está llevando Satanás con todos sus cohortes hacia su morada favorita, claro está, condición *sine qua non* de que realmente crea usted en el nefasto personaje supernatural y de ultratumba y no en los ultra malos, de carne y hueso, que, vivitos y coleando, conviven con y entre nosotros, haciendo siempre lo suyo, cobijados en la sombra. Y en estos casos de lamentable e increíble inseguridad, no seamos tan ingenuos como para creer que podremos esperar que la educación se encargue de esto. La educación, a pesar de su cuántica importancia, no tiene la paciencia para este tipo de soluciones. La solución está en otros lares, lejos de las sagradas aulas. Los malos de San Andrés no pisan los estrados escolares; ellos se guarecen en la oscuridad de las calles; detrás de las esquinas; o los más atrevidos en pleno día y de frente. Y es ahí donde hay que encararlos, sin la repleta bolsa de excusas que escucho por allí.

Por otra parte, el pasado 17 de julio, a las 11:35 a.m., frente a una panadería de la avenida 20 de Julio, tomé una moto taxi. Cuando nos acercamos al semáforo, frente a la casa de lo que fuera del 'viejo Pinky', no pude evitar un estremecimiento en la columna vertebral. ¡El moto taxista pasó de largo, ignorando la luz que estaba en un fogoso rojo! ¡Y yo detrás de él! ¡Cagado! Cuando me recuperé del bendito susto le pregunté, con la optimista intención de aprovechar la circunstancia para un momento de educación:

- “Señor, ¿usted se dio cuenta que pasó la luz en rojo?”
- “Sí, ¿y qué?”
- “¿Usted entiende que no únicamente está corriendo el riesgo de matarse, sino de matarme

también, siendo yo su pasajero?”

- “Señor, cuando uno está en Roma uno hace como los romanos.”

- “Señor, si los romanos hacen estupideces, usted no tiene por qué repetir el mismo comportamiento.”

- “Señor: usted tiene que entender algo: aquí nadie respeta los semáforos, peor todavía, no hay quien se encargue de hacer cumplir la supuesta ley. Por lo tanto, todos hacemos lo que nos da la gana.”

Me quedé sin palabras. Frío. Atónito. Álgida el alma. Le pedí al inconsciente moto taxista que me dejara frente al Parque Bolívar, a medio kilómetro de mi destino original. Caminar, como siempre, me haría bien. ¿“La supuesta ley”? ¿Acaso la gente, especialmente los motociclistas sean, en un número inaceptable, daltónicos? ¿Es así como lo están percibiendo ese fantástico porcentaje de motociclistas y de carros, y de camionetas... todos?

Ayer, también, frente a la ‘bomba de Pacho’, una docena de motos y dos carros, estaban haciendo fila porque la luz estaba en rojo. Detrás de todos apareció una de las moto cargas ‘Bader’, se metió en el carril opuesto, hizo unas piruetas, adelantó a todo mundo, y de frente pasó la luz en un rojo oscuro, en pleno sol, con una veintena de pares de ojos viéndolo. ¿”Y qué?” habrá dicho en su estúpida y compartida locura. Y esto ocurre todos los días, a cada hora, a cada minuto, y no hay quien quiera o haga nada al respecto. ¡La falta de voluntad política (que es hacer, a quien le corresponda, lo que hay que hacer para el bienestar común) para hacer las cosas bien!

Quando, resignados, vivimos solamente para el presente renunciamos el futuro. Una de las características de las sociedades civilizadas, cultas, es la disciplina a todo nivel; es la voluntad de respetar y de obedecer las leyes y los principios elementales de una coexistencia decente. Y, en condiciones normales, los pueblos obedecen sus normas jurídicas y de buen vivir no tanto por el miedo de las consecuencias de la violación de las leyes. NO. Obedecen las leyes porque han internalizado el positivo concepto moral y la virtud de convivencia social; porque saben que tenemos un contrato social y los contratos y las leyes se hacen para ser cumplidas, no para ser perrateadas.

Los cultos no obedecen por miedo, sino porque es lo correcto, así de sencillo. Así piensan los pueblos con aspiración al desarrollo integral. Los pueblos incivilizados obedecen porque tienen miedo a la multa, a la cárcel, o a la horca.

Sin embargo, en nuestro medio, es aparente que nada funciona: ni el miedo (bueno, también tenemos que aceptar que no hay quien se encargue de implementar, con resultados visibles, la normatividad; consecuencia: el caos reinante) ni la aceptada y universal internalización ética de

la convivencia decente, normal. Entonces, si no somos civilizados ni incivilizados, ¿qué carajos somos?

Hay gente que está especulando que el doctor Rudolf Hommes renunció, no tanto por el contenido de su larga carta al presidente Santos, sino simplemente porque se convenció de que estamos perdidos, jodidos hasta la medula, *insecula seculorum* (estoy pensando en una palabra en inglés que no puedo escribir por respeto a mis amables lectores). Por otra parte, mi amigo Ralph Newball no está de acuerdo con esta especulación. El cree en algo más complicado, más nefasto, más impensable, y quizás más verás. ¿A propósito, cuánto somos...?

¿Y cuándo se hará algo, en serio, en cuanto a la insostenible e intolerable inmigración hacia la Ínsula—pasado y futuro?